

forman desde el punto de su embarcación, ya sea á dos tres ó más leguas de tierra, mediante el sesgo, unión ó interrupción de las puntas de las montañas ó eminencias de la costa por líneas visuales, en que son tan expertos, que nunca yerran el puesto que buscan, y donde se halla la pesca, según los fondos que ya tienen sabidos por la sonda, echan su resón para fondearse: si el paraje es de roca, muchos usan de una piedra grande atada á tres palos, que la rodean, á cuyo compuesto en el país dan el nombre de *potada*, para en caso de llegar á enredarse ó engancharse entre las peñas, no exponer el resón, que siendo de hierro, y de algunas arrobadas, su pérdida es considerable para los pescadores; pero los que son diestros no necesitan de piedra ó de *potada*, y usan tranquila y oportunamente de su resón sin peligro de que pueda perderse, porque le atan al revés, esto es, por las uñas: y á la argolla que tiene en el extremo de la caña echan una cuerdecita delgada, cuyo largo es como de un palmo, con que aseguran la misma argolla, y el cabo que desde las uñas vienen á ella: este pequeño cordel se entiende con el nombre de *frenillo*.

Con semejante disposición, aun cuando por alguna de sus uñas llega á engancharse el resón en el fondo á causa de las muchas rocas, ó por la extraordinaria figura de sus variadas superficies, los pescadores le sacan y suben al barco con la mayor facilidad, y esto aunque haya 300 brazas de agua; pues tirando con poca violencia por el cabo, se rompe luego el frenillo, y el resón sube atado por las uñas conforme le echan para fondear.

A esta ventaja se añade que si, como puede verificarse, les entra de pronto un temporal, y los coge fondeados sin darles casi lugar á elevarse, pueden ejecutarlo con toda prontitud: lo que no se logra usando de la *potada*, pues en este mismo caso padecen la pérdida de la piedra, y de muchas brazas de cabo, que tienen que cortar para quedar libres, poder maniobrar, y defenderse del mal tiempo.

Después que han dado fondo en el paraje conveniente bajo los términos, que acaban de expresarse, empieza cada pescador á preparar su aparejo, en cuyo tiempo el muchacho ó muchachos del barco cortan las faldas de las jibias en pedazos muy pequeños, que unidos con sardina salada ó pececillos machacan, y de todo hacen cierta masa para echarla dentro de una bolsa ó talego de lienzo, cuya boca atan con un cordel algo grueso, y poniendo en el fondo de él también una piedra, lo calan hasta que toca en el suelo del mar, en cuyo caso le levantan un poco, y vuelven á dejar caer,

repetiendo la operación varias veces. De esta continua contracción resulta que va escupiendo ó soltando las partes más sutiles ó sustancias del material que contiene, á cuyo olor acuden los peces: manera excelente de cebar el puesto, ó atraerlos al sitio en que se va á pescar. Después de semejante operación los pescadores empiezan á calar sus cordeles: y sino se siente pez, continúa el movimiento expuesto del talego hasta tanto que se verifique.

Cuando absolutamente no se logra, porque aquel paraje está muy exhausto de peces, que ya han cogido otras embarcaciones, ó porque como por lo regular sucede, se han ido á otra parte á buscar su pasto, el barco recoge su ancla ó resón, y va á situarse en otro puesto donde mejor le parece al patrón, y de este modo repiten sus movimientos de lugar los barcos pescadores, hasta que con efecto dan con los congrios, cuya abundante pesca solicitan.

Para ella los pescadores usan de un anzuelo grande, el mismo que para los peces de cuero. La dimensión de semejante gancho suele ser de 5½ pulgadas y una línea. Este anzuelo está afianzado á una presilla de cordel, como se explica tratando de la pesca de los peces de cuero en lugar que corresponde de este propio artículo: se une á otro ú otros por piezas de muchas brazas, correspondientes al fondo, en que se debe de pescar. El revestimiento ó envolvimiento de hilo de alambre en estos cordeles ocupa como un gemo desde la pala del propio anzuelo, para que el congrio con sus dientes no lo pueda cortar al sacarle del agua, como sucede sin esta precaución.

Para que así armado semejante aparejo cale donde por lo regular siempre permanecen estos peces, se pone al cordel una plomada, cuyo peso es con proporción al fondo, y según las corrientes: en unos parajes la echan de cuatro á cinco libras por razón de ser muy fuertes, y en otros de tres cuarterones, una ó dos libras, afirmándola siempre por una presilla de hilo fuerte. El anzuelo va cebado con jibia fresca de cuyo rayo ó brazo se cubre la caña de él, y en su punta se coloca un pedazo de la misma carnada, de modo que lo atraviese la agalla, para que no se caiga.

Si hay sarda ó caballa fresca ó aguja, también se usa para poner en la punta del anzuelo (además del brazo de jibia), á lo que llaman *orisque*: pero los pescadores dan la preferencia para el cebo á la *potada*, por ser apasionadísimo á ella el congrio.

Cuando el pescador siente por la comunicación del cordel que el pez anda en el anzuelo en el hecho de llegar á la carnada, suspende un poco el aparejo, y

aquel engolosinado, recarga ó insiste en tragarla, en cuya ocasión el pescador diestro tira hacia arriba, con lo que le clava, procurando asegurarle, y empieza á subirle con cuidado: si es crecido, afloja un poco, y aguanta las cabezadas ó agitaciones violentas, que da inmediatamente con inclinación hacia el fondo. En este estado sin pérdida de tiempo, pero sin apresurarse, cogiendo el cordel á pulso, y de una mano á otra, como quien saca agua de un pozo sin garrucha á brazo va subiendo el animal, hasta que rendido se llega á poner en la superficie del agua, en cuyo caso está ya pronto otro ú otros dos pescadores, cada uno con su gancho de hierro en la mano, y con él le aseguran bien, porque entonces es cuando al sentirse herido, y casi fuera de su elemento, apura todo el vigor de que es capaz para resistirlo con los mayores esfuerzos.

Después de esto echan el congrio dentro del barco entrambos pescadores; pero antes de sacarlo el anzuelo de la boca (en que proceden con mucha precaución por las contingencias), y sin soltar el gancho, con que le tienen asegurado, toma uno de ellos un palo corto y grueso, que se lleva á propósito, y pegándole algunos golpes en la cola, queda extendido é inmóvil. Luego saca otro el cuchillo, y le deguella por la nuca, cortándole hasta llegar á las vértebras de la espina, y con estas diligencias le echan al suelo del barco, sin peligro de que pueda morder á ninguno.

Hay congrios tan vigorosos que al tiempo de querer sacarlos del agua suelen hacer hincapie en la quilla del barco con inexplicable tenacidad, y revolviéndose violenta y continuamente sobre el costado, con su gran fuerza arrancan de las manos de los pescadores los ganchos, con que lo tienen clavado, retuercen y rompen la gaza, y se escapan.

La repartición del producto de semejante pesca suele variar según los puertos. Lo general es descontar el importe del cebo, y dividir el dinero de lo que se llega á coger, tomando una parte el barco, otra la caja del gremio, y á iguales porciones los marineros juntamente con el patrón.

LA PESCA DE RÍO

El trasmallo es una red formada por el conjunto de tres redes, las dos exteriores de mallas claras, y las de en medio más espesas. La altura y anchura del trasmallo, cuyas tres partes reunidas no forman más que una sola red, deben estar en consonancia con las corrientes de agua en que se trata de emplear.

El trasmallo se coloca generalmente en ríos de fondos llanos, limpios de hojas y piedras. Después de haberlo tendido se golpean con palos los alrededores del sitio en que se ha echado al agua, para que los pescados se espanten, y al tratar de escapar, caigan en la red. Si las orillas del río en que se ha colocado fueran muy escarpadas, se deberá para esta operación tomar una barca, como se ve en nuestro grabado.

Esta pesca, que siempre es fructuosa, se practica con mayor éxito en tiempo frío, época en que las otras pescas apenas dan resultado.

El trasmallo, cuando se emplea en las playas de mar de poco fondo, se sujeta al suelo por grandes plomos, mientras que la parte superior se deja flotar á favor de corchos. También se usa en las pesquerías de alta mar.

La primera cosa que debe tener en cuenta todo pescador con trasmallo, es evitar, por todos los medios que le sea posible poner en práctica, el que la red sea arrastrada por la corriente de agua á ciertos sitios en que su misma presión impida á los plomos tocar el fondo del río.

Sumergado una vez el trasmallo, es preciso tener mucho cuidado de que ninguna rama de árbol, ni ningún montón de yerbas ó piedras lo levante, y que las dos extremidades de la red estén sólidamente apoyadas en ambas orillas del río.

Si todas estas operaciones se han llevado á cabo bien, es fácil que los pescadores vean al poco tiempo en el fondo del agua al pescado inquieto, ir, venir, agitarse y tratar de reconocer los límites de la pérdida barrera colocada ante él y la libertad. Sin embargo, no es prudente dejarle mucho tiempo entregarse á este examen, porque la conciencia del peligro y el gran agujijón de la independencia hacen al pescado muy ingenioso.

«Cuando hace calor no queda más recurso que elegir un domicilio á orillas del agua, al arrullo de los álamos negros, y sentados sobre la yerba á la sombra, con los pies casi tocando con el agua, hablar de pesca. Esto, podemos asegurar á nuestros lectores, es mucho más fresco, más higiénico y menos sujeto á acaloramientos que charlar de política.»

Y, pues llegó la ocasión, hablemos de pesca, ya que tan agradable es cuando se está á orillas del agua.

La pesca con caña exige un estudio especial, observación y saber. La pesca con caña, para el que sabe, es una distracción encantadora. El verdadero pescador de caña debe á su paciencia y á sus conocimientos emociones tan verdaderas, tan fuertes y tan francas

como las que experimentan los cazadores en recompensa de sus fatigas y sus largas excursiones.

No hace muchos años que en uno de nuestros pueblecitos de Mediodía existía una casita habitada por un marino llamado Garnacha.

Esta casita colocada á orillas del agua entre un patio y un jardín, modesta, limpia y aseada, podía pasar por un sueño de filósofo.

Garnacha, contra maestre de fragata jubilado, era un hombre excelente, no habiendo conservado de sus antiguas costumbres de lobo de mar más que la pasión por la pesca con caña, pero la pesca con caña trascendental y á la alta escuela.

Su pesca favorita era la carpa. Nadie ignora que de todos los pescados la carpa es el más fino, más astuto, desconfiado y hábil para comprender el peligro y echar por tierra las combinaciones mejor preparadas y más pérfidas.

Si se arroja la atarraya ó esparavel en un fondo lleno de limo, ó en una corriente de agua cuyo lecho sea de arena fina y espesa, al ruido de la red al caer, con un maravilloso instinto de conservación, la carpa introducirá la cabeza en el fango ó en la arena, de manera que pasen sobre su cola los plomos del armadizo.

Se trata de cogerla con el sedal; lo que es preciso de conocimientos prácticos, precauciones, astucias y paciencia, es increíble. Esta era quizás la razón porque Garnacha gustaba tanto de la pesca de la carpa con caña.

Durante dos meses consecutivos le vimos colocarse todos los días en el mismo sitio y permanecer en él desde las cinco de la mañana hasta la tarde. No pudiendo comprender tal paciencia y perseverancia, me atreví á hacerle un día una tímida observación.

—Buen amigo,—me contestó,—allí precisamente, en aquel sitio en que parece que el agua está dormida, hay un agujero en que están escondidas cinco ó seis carpas, de las que la más pequeña no pesa menos de cinco á seis libras.

Algunos días después, Garnacha, más feliz, más glorioso que si hubiera descubierto las fuentes del Nilo, volvía á su casa con una carpa de nueve libras. Para sacarla á tierra y que no rompiera su caña, en una palabra, para poderla tener en su poder, había necesitado veinte minutos de astucia, sangre fría y presencia de espíritu.

¡Cuántas emociones, esperanzas, temores, angustias, durante esos veinte minutos! ¡qué triunfo! ¡qué satisfacción una vez cogido el pescado! ¡qué recompensa por aquellos dos meses de paciencia!

Todo esto está muy bien; ¿pero se debe sacar por conclusión que para pescar con caña se necesiten poseer, además de una dosis conveniente de paciencia, conocimientos especiales y numerosos?

Nada de eso, pues hay una pesca con caña muy interesante, que procura fuertes emociones y no exige paciencia alguna, ningún estudio, ninguna práctica.

Esta pesca es la del sollo y la trucha con cebo vivo.

La glotonería, la voracidad de estos pescados, viene en ayuda de la inexperiencia del pescador; se cogen perfectamente por sí mismos.

Pescar *al vivo* significa cebar un sedal con un pescado vivo. De todos el gubio es el mejor, pues vive mucho más que los otros.

Pasemos adelante ahora.

La perca se encuentra en casi todos los ríos, y á pesar de tener el cuerpo rechoncho, se distingue por sus colores vivos, mezclados de amarillo y verde con tintas doradas. Además tiene tres bandas transversales; sus escamas son pequeñas, duras, dentelladas y muy adheridas á la piel; su principal aleta dorsal tiene quince rayos agudos, muy agudos. Cuando la perca se lanza como una flecha para coger su presa, esta aleta dorsal se eriza y abre.

La vivacidad de la perca es tal, que se precipita sin vacilar ni preocuparse del peligro sobre los cebos más groseramente imitados, como, por ejemplo, sobre un pedacito de estaño ó plomo que tenga la apariencia del pescado.

Como peso, la perca sólo llega á un kilogramo; como carne, es un excelente pescado.

Al presente sólo se trata de pescarla, y para esto debemos empezar por procurarnos una veintena de pescados, sobre todo de gubios, que conservaremos vivos en agua renovada en una caja de hoja de lata, que se llevará al sitio de la pesca.

Dos ó tres cañas introducidas en el suelo por el extremo, ó acostadas sobre la yerba, á cincuenta pasos una de otra, bastan.

Los pescadores tienen diversos modos de enganchar en el sedal el pescado que sirve de cebo. Los unos lo enganchan sencillamente por el labio superior; los otros enganchan el anzuelo en medio, antes de la aleta dorsal, pero junto á ella, teniendo cuidado de no estropear su carne. Para el sollo, bien que el gubio sea un excelente cebo, si se sirve de él el pescado para los sedales dormidos, que deben dejarse por la noche, es forzoso fijar el cebo al anzuelo por las agallas, á fin de que quede en el centro del aparato.

La distancia entre el corcho de la caña y el pescado

que debe servir de cebo, no debe tener más de un metro para que pueda sobrenadar en todos sentidos. Es igualmente muy esencial no colocar las cañas á la aproximación de las yerbas y plantas acuáticas, en las que se enredaría al momento el sedal.

Ya están colocadas nuestras cañas. Por consecuencia es inútil que nos quedemos plantados como un poste con los ojos fijos en un punto; podemos muy bien dar un paseo por el prado y coger un ramo de flores, lo que es muy agradable. No se trata más que, de diez en diez minutos, echar una mirada á las cañas, mirada que no dejará de causar una emoción llena de encanto. La presa caerá mejor que si tuviéramos el sedal en la mano.

El sollo es tan voraz como la perca; sólo que, en razón de su tamaño y fuerza, sus devastaciones son más sensibles.

La cabeza del sollo, aplanada en un sentido y comprimida en sus costados, es fea; su boca, abierta hasta los ojos, tiene cierta cosa de innoble, publicando su apetito insaciable; pero su cuerpo es delgado, flexible y vigoroso. Este es el tiburón de agua dulce, y su audacia es extremada. Con respecto á su voracidad, es tal, que es temible hasta á los de su especie.

Dícese que el sollo tiene más de seiscientos dientes, que francamente confesamos nos es más fácil creer que contar. Verdad es que éste esóco destruye los pescados de un río en poco tiempo, y que en un estanque puede hasta devorar las crías de los patos.

Para pescar el sollo del modo que lo hacemos en este momento, es decir, paseándonos á orillas del agua, nos es preciso un sedal de primera fuerza con un doble ó triple anzuelo, como se ve en nuestra lámina, atados á unas cuerdas de guitarra ó á unos alambres de latón, pues el sollo cortaría con sus agudos dientes toda otra clase de sedal. El gubio es un excelente cebo; sin embargo, pueden emplearse otros pescados vivos de mayor tamaño.

De día el sollo no caza como de noche; durante las horas de calor permanece inmóvil ó durmiendo á la sombra de los nenúfares ó plantas acuáticas, esperando el momento de lanzarse sobre la presa que pase á su alcance. En consecuencia, es preciso buscar los sitios del río en que las yerbas abundan, y después, si se puede, pasear el cebo azotando el agua. Igualmente, si se quiere, puede fijarse el aparato, como para la perca, en un agujero; pero entonces es preciso no perderlo de vista, pues un sollo, no estando á los reparos, podría romperlo con la mayor facilidad.

Del mismo modo se pesca la trucha, pescado de una

forma más normal y más elegante, reuniendo con mayor gusto los colores más distinguidos. Sus escamas son pequeñas, la cabeza y los costados están teñidos de un hermoso verde esmeralda; la espalda es oscura de reflejos metálicos; las aletas pectorales son color de color de violeta, y las del vientre y cola doradas.

De estos pescados se encuentran algunos que están bañados de una tinta encarnada interiormente, y entonces los llaman salmonados, ¡pura calumnia! porque la trucha encarnada y la trucha blanca forman dos especies muy distintas.

Sea de esto lo que quiera, á una tan linda coqueta le es preciso para vivir las aguas dulces más rápidas, las cascadas y hasta una morada de cierta elevación en las montañas, pues es un pescado que busca siempre la frescura.

Para la trucha toda comida es buena. Con la energía, la voracidad y la rapidez del sollo, da caza á los pescadillos, y, como la perca, devora hasta los mismos gusanos, y eso que no hay pescado alguno que apetezca más un agua límpida y pura, á la sombra de los olmos y sauces de las orillas, misteriosos gabinetes en que solazarse, bosques de plantas acuáticas, sin sarro, sin limo, y sin mal olor.

Para satisfacer apetitos tan variados, la naturaleza le ha prodigado sus más preciosos dones. Así es que no nos quejemos, pues esta voracidad ofrece á la nuestra los más exquisitos y delicados pescados de agua dulce.

Para pescar la trucha con cebo vivo, es decir, con gubio ó varis, no hay más que repetir lo que se hace con el sollo y la perca.

Pocas pescas hay que ofrezcan, como la de la trucha, más incidentes y más agradables emociones. En ella es inútil, como en las otras, hacer provisión de paciencia y resignación. Buenas piernas, una mirada segura, sangre fría, astucia para deslizarse, sin hacer el menor ruido, por entre las ramas de las orillas, y seguridad en la mano, pues el menor retardo, la menor precipitación haría fracasar el golpe. Esto es todo (1).»

Al momento, y sin pérdida de tiempo, es necesario; como antes hemos dicho, espantarle azotando con palos los alrededores, y si por casualidad se hallara fango en el sitio en que se ha tendido la red, agitarle y removerle de manera que ésta desaparezca casi en el agua removida, pues entonces el pescado aturdido y sin saber lo que se hace se enreda más fácilmente en las mallas.

Para sacar del agua el trasmallo es preciso usar de

(1) *Ilustración Venatoria*, 30 enero de 1879.

no pocas precauciones. Por lo común se principia por desatar uno de los extremos y efectuar después un arrastre lento, regular y acompasado, reuniéndole en grandes pliegues, y cuando se tiene recogido, sacarlo de pronto con la mayor rapidez posible, arrojándolo al fondo de la barca sin preocuparse en lo más mínimo del pescado cogido.

Una circunstancia hace algunas veces modificar esta manera de obrar. Puede suceder que el pescador, al recoger el trasmallo, note que en los pliegues que forma al envolverlo, el pescado mal enganchado, es decir, no bien asegurado entre las mallas, trate de escapar á

su suerte, y que se desprenda al fin cuando se le saque de su líquido elemento.

Si se presenta por casualidad este caso, es preciso no dejar pasar un instante y doblar lo más rápidamente que se pueda el trasmallo. Cuanta mayor actividad se emplee en esta operación, el resultado será más feliz y provechoso.

Con esta clase de red se pescan por regla general los rodaballos, meros, lenguados, latijas, rayas, gados, esturiones, salmones, etc., y muchos otros géneros aun más pequeños, como los salmones (1).»

(1) *Ilustración Venatoria*, 20 marzo de 1879.

FIN DE LA PESCA EN TODOS LOS PAÍSES

INDICE

DE LA

PESCA EN TODOS LOS PAÍSES

	Páginas		Páginas
CAPITULO PRIMERO		CAPITULO VI	
La Pesca en los Estados-Unidos de América.	5	La gran pesca.	53
CAPITULO II		CAPITULO VII	
Sigue la Pesca en los Estados-Unidos de América.	19	La Pesca en España.	67
CAPITULO III		CAPITULO VIII	
La Pesca en Escocia.	27	La Pesca con Almadraba.	81
CAPITULO IV		CAPITULO IX	
La Pesca en el Canadá.	39	La Pesca al Bou en España.	94
CAPITULO V		CAPITULO X	
Artificios de pesca.	46	Sigue la Pesca al Bou.	110
		CAPITULO XI	
		Arte de Pescar con cordel.	129
		La Pesca de Río.	135